EL CENTAURO EN EL JARDÍN

UN SUEÑO QUE GALOPA

Por Ilan Stavans

Borges se quejaba contra Quevedo porque, a su parecer, el poeta de Valladolid carecía de un símbolo único y representativo que pudiera apoderarse de la imaginación de sus lectores. Por fortuna, el brasileño Moacyr Scliar no sufre de tal defecto. Al contrario, su símbolo es siempre uno: el judío de Porto Alegre, escindido en su identidad y no obstante risueño, alegre, versátil en su modo vital. Famoso en su país natal por su destreza narrativa, las novelas y cuentos de Scliar han alcanzado en los últimos años una reputación extensa, siendo traducidas al francés e inglés principalmente.

Para no quedar atrás, ahora *El centauro en el jardín*, su libro más célebre, ha sido también traducido al castellano por Mirian Lopes Moura y publicado por la nueva editorial Swan en una edición más que memorable por lo elegante y "místico" de su formato. Como en las demás, la prosa en esta novela es ágil; va de una escena a la otra casi sin pestañear y esquiva en la medida de lo posible las meditaciones rimbombantes. Scliar prefiere la claridad, prefiere tener una aproximación simple aunque profunda al tema y es esa sencillez, diría yo, la que precisamente le regala la armonía a la trama y la gloria al texto.

Scliar nació en 1937 en Porto Alegre, capital de Río Grande do Sul. Es hijo de familia judía ashkenazita proveniente de Europa oriental. Como la mayor parte de los intelectuales de su generación, se inclinó durante su adolescencia hacia ideas socialistas. En una entrevista reciente él confesó su queja contra la educación que le dieron sus padres. "Los judíos brasileños, –me dijo– vivían entonces, en 1953, en una especie de ghetto: se mantenían alienados. Eran parias. Yo me hice hombre político para rebelarme contra esa reclusión". Aislamiento colectivo y una educación de minoría son también los factores que hicieron que Scliar, al salir de la escuela, desconociera al Brasil verdadero; que se sintiera extraño ante la realidad que lo rodeaba. Y claro, asumiendo su posición política durante el gobierno de Vargas y después, sus ideas socialistas ocasionaron que al matricularse en la facultad de Medicina en la Universidade Federade do Río Grande do Sul en 1955 sufriera un shock cultural tremendo, además de una que otra represalia física personal.

Para bien, de esa lección Scliar salió avante. Más que eso, maduró y entendió que los hombres somos entes que anhelamos solucionar nuestra tiránica relación con el medio y que esa preocupación nos justifica la existencia. Queda esta contradicción representada en su obra por las oposiciones poder/rebeldía, cultura/política, religión/existencia pública, pero en especial por el sueño de redención que sus protagonistas quieren alcanzar individualmente. Cada uno de sus personajes, de modo distinto, vive enamorado de un anhelo paradójico: o salvar a la humanidad o salvarse a sí mismo. En *El ejército de un hombre solo* (1974), por ejemplo, Meyer Guinzberg es un idealista que llega en 1916 como refugiado de Rusia a Bom Fim, que es el barrio judío de Porto Alegre. Ahí intenta fundar una colonia socialista autosuficiente donde los judíos se sientan ciudadanos y propietarios del lugar: llama Nuevo Birobidjan a su tierra prometida – simetría con la propuesta soviética que surgió al terminar la Revolución de Octubre de crear un estado judío autónomo cerca de Siberia donde el idish fuera lengua oficial.

El centauro en el jardín, publicada en portugués en 1980, es la historia de Guedali, un centauro que es engendrado por una madre judía-gaucha. Guedali es amante de la literatura, sobretodo de las novelas del reputado escritor idish Sholem Aleichem. En él, claro, la identidad se ve llevada a los linderos más absurdos: ¿cómo solucionar esta doble peculiaridad, la de ser mitad humano y mitad equino, y al mismo tiempo sentirse cómodo siendo un judío en Brasil? La trayectoria de Guedali, entonces, aspira a su salvación: va de Porto Alegre a Teresópiolis, a Marruecos con un curandero que se atreve a aplicarle una cirugía quirúrgica. Luego se enamora de otra centaura, Tita, que será su esposa y con la que tendrá hijos. Al final el personaje, ejecutando una suerte de *flash-back*, narra su existencia a sus amigos en un restaurante tunecino llamado *El jardín de las en delicias* en Sao Paolo: ahí confiesa que la tranquilidad en su corazón al final ha llegado; que él, aunque habiendo dejado de ser centauro, será hasta la eternidad un ser peculiar, un monstruo que galopa... un sueño.

Hoy Moacyr Scliar es también un médico que se dedica a la Salud Pública. Es autor de *Los dioses de Raquel* (1978) y *El carnaval de los animales* (1976). Yo juzgo *El centauro en el jardín* como su novela más bella. Confío que, por su contenido, por su realización, por su fragancia fantástica, ésta sea una de las más finas gemas literarias de la "generación post-Boom". Scliar debe ser leído: es un autor que, para alegrar al difunto Borges, sabe bien cómo convertir sus fantasmas en demonios públicos.◇

Moacyr Scliar,
El centauro en el jardín.
San Lorenzo de El Escorial: Swan, Avantos & Hakeldama, 1986. 240 pp.
240 pp.